**QUINTO DOMINGO DEL TIEMPO ORDINARIO**

**Oración por los cristianos perseguidos**

**Catedral, 4 de febrero de 2017**

El domingo pasado hemos proclamado el texto evangélico de las bienaventuranzas según san Mateo. La última de ellas se refiere a los perseguidos por causa de Jesús. A estos, el Señor les promete la alegría en este mundo y una recompensa grande en el Reino de los cielos. Las comparaciones de la sal y la luz que el Señor utiliza hoy en el evangelio que acabamos de escuchar, hacen especial referencia a los discípulos de todos los tiempos que son perseguidos por llevar la luz de la fe y la sal de la esperanza a los hombres y ayudarles a reconocer la presencia de Dios en sus vidas. La razón de esta relación entre la última bienaventuranza y la sal y luz del mundo está en el contexto comunitario en el que san Mateo escribe su evangelio. Se trata de una comunidad de judíos convertidos al cristianismo, perseguidos por los judíos y a los que el evangelista trata de animar recordando las palabras del Señor: “En la persecución alegraos porque el Señor os recompensará con creces”.

El discípulo de Cristo que vive la nueva vida en el Espíritu es para el mundo como la luz en la noche o la sal para la comida. ¿Qué significa ser sal de la tierra y luz del mundo actualmente? Significa llevar al corazón de la sociedad y al de cada hombre el testimonio del amor misericordioso de Dios nuestro Padre. Un amor que nosotros recibimos en la gracia de los sacramentos y a través del cual Dios quiere transformar la faz de la tierra. Dios pide nuestra colaboración para iluminar este mundo con la luz de la Verdad y condimentarlo con la sal de su misericordia. Hoy el Señor nos llama a los cristianos que vivimos en países tradicionalmente católicos a salir de nuestra comodidad y de nuestra indiferencia. La mentalidad materialista y hedonista de occidente provoca la muerte y el abandono de la fe en muchos cristianos, especialmente en los menos formados y en los más débiles. No se trata de una persecución cruenta como en otros países sino de una persecución incruenta que constantemente invita al abandono de la fe cristiana.

Cuando los cristianos, iluminados con el espíritu de las bienaventuranzas, confesamos con nuestro testimonio la fe con palabras y obras, no dejamos a nadie indiferente. Para unos, nuestra confesión de fe será motivo de admiración y se decidirán a seguir a Cristo, para otros será motivo de escándalo y rechazo y nos perseguirán. El Señor no nos engaña, Él advirtió a sus discípulos sobre la amenaza de la persecución: “Seréis odiados por todos a causa de mi nombre… porque el discípulo no es más que su maestro… pero el que persevere hasta el fin se salvará” (Mt 10,24) El Papa Francisco ha defino de la vida cristiana como “una ensalada aliñada con el aceite de la persecución”. Sin ese aliño la vida cristiana es una vida débil y no convence a nadie.

¿Por qué esta persecución intensa y extensa en el tiempo a los buenos cristianos? Porque muchos hombres prefieren las tinieblas del error a la luz de la verdad. Porque la vida del cristiano auténtico les recuerda la verdad de Dios y la verdad del hombre. La Verdad es insoportable para el que vive en la mentira y está instalado es su propio egoísmo que lo endiosa. El Papa Francisco en una de sus homilías en Santa Marta, dijo que: “El mundo no tolera la divinidad de Cristo. No tolera el anuncio del Evangelio. No tolera las Bienaventuranzas. Y así se produce la persecución: con la palabra, las calumnias, las difamaciones, la cárcel…”.

Durante esta semana hemos podido comprobar las dimensiones que tiene actualmente la persecución religiosa en el mundo. Es una realidad silenciada de la humanidad que se tapa como se tapan las vergüenzas. No podemos permanecer ni indiferentes ni en silencio ante la magnitud de este drama humano que afecta a tantos creyentes que sufren discriminación, cárcel o muerte violenta por causa de su fe. El derecho a la libertad religiosa y de pensamiento es el derecho más importante del hombre después del derecho a la vida. Porque quien no tiene libertad para pensar tampoco la tiene para expresarse, para asociarse, para enseñar y aprender.

En las reflexiones que nos han hecho hemos podido comprobar también la fortaleza de espíritu que tienen estos hermanos perseguidos. A pesar de todas las vejaciones que les hacen, no pierden la alegría ni la esperanza. No apostatan de su fe. Al contrario, consideran la persecución como una oportunidad para intensificar la oración, el amor fraterno, el espíritu comunitario y el perdón a los enemigos. Rezan también por nosotros para que nos convirtamos al Señor de todo corazón y seamos fuertes en la fe para resistir al enemigo que bajo capa de” león rugiente ronda buscando a quien devorar” (1 Pe 5,8-9).

¡Qué el conocimiento y la contemplación del testimonio de los mártires actuales y de los que a lo largo de la historia dieron la vida por la fe cristiana nos invite a comprometernos con la práctica de nuestra fe! No escondamos la Verdad del evangelio debajo de nuestra vergüenza por manifestarnos cristianos. Saquémosla a la luz proclamando a todo hombre y mujer que Cristo es el único salvador. Condimentemos la realidad de este mundo hostil a la fe e inhóspito, con la sal del amor y de la misericordia para que surja un mundo nuevo más justo, más humano, más espiritual, más pacificado.

Esta Iglesia diocesana de Astorga con tantos años de historia a sus espaldas sabe lo que es la persecución por razón de la fe, por eso es una Iglesia de santos que veneramos como testigos de la fe y como don de Dios a la humanidad. Gracias a su perseverancia y a su testimonio hoy podemos confesar la fe católica en libertad y vivir la fraternidad.

Agradezco a la Institución Pontificia “Ayuda a la Iglesia necesitada” la inmensa labor que está realizando en todas las partes del mundo para dar a conocer la situación en la que viven los cristianos perseguidos. Aceptemos la invitación que nos hacen a orar y colaborar permanentemente con esta causa. Agradezco también al Seminario diocesano, a los seminaristas y al Rector, el interés con el que han asumido esta campaña solidaria con una porción de la Iglesia que sufre por falta de libertad. Estoy seguro que ellos son los primeros beneficiados de esta acción al ver cómo también florecen las vocaciones en un ambiente difícil y hostil a la vida cristiana.

La Virgen María, auxilio de los cristianos, proteja con su intercesión a los que en este valle de lágrimas la imploran como madre y confían en ella. Pidamos hoy a Nuestra Señora de la Majestad que arrope con su manto de amor a nuestros hermanos que sufren persecución a causa del nombre de Cristo para que sigan siendo en medio de las tinieblas de la ignorancia faros de luz de la Verdad.

+ Juan Antonio, obispo de Astorga